

## LA CANCERBERA DEL CAIRO

### 1

Agazapado en una esquina, el piano de cola cantaba lamentos con armoniosa cadencia, inundando el bar de recuerdos de personas amadas, de momentos perdidos y de futuros inalcanzables. Afuera, a poco más de quinientos metros, la Necrópolis de Guiza enfriaba sus piedras con las figuras de las dos pirámides más grandes trepando tras las palmeras del jardín, iluminadas levemente por la nueva civilización en pleno apogeo y recortadas sobre el cielo nocturno moteado en plata.

Hacía minutos —quizás horas— que, para Steve Holt, el bar del hotel “Mena House” del Cairo se había convertido en un ondulante compendio de ruido de fondo, indefinidas formas y un muro de atracción brillante donde centelleaban las botellas que tan gustosamente le estaban ayudando a perder el sentido. Sobre la barra, un arrugado sombrero de fieltro, dos paquetes maltratados de Lucky Strike, un encendedor Zippo robado a un tipo que se creía listo y toda la amargura que había ido recogiendo en su discusión con Shirley.

*La zorra y agria Shirley.*

Maldita la gana que tenía Steve de pasar dos semanas rodeado de polvo, arena, calor y suciedad. Y aun así, allí estaba, al amparo de los monumentos más famosos del planeta para agradar a su mujer.

*¿Y qué me gano? Una monumental bronca a los pocos días de llegar y la promesa gritada con los ojos de las peores vacaciones de mi vida.*

Pero en el fondo, ¿de qué se extrañaba? El suyo había sido desde un principio un matrimonio de pega. Al principio no lo supo ver, por supuesto, y pensaba que los astros se habían conjurado para dotarle del magnetismo necesario para cazar a la bella Shirley.

*Idiota.*

El suyo pareció ser un matrimonio más de cara a la galería.

*¿Será lesbiana?*

Apuró el vaso con avidez.

—Camarero, una recarga para el joven señor, que está seco.

La voz surgió de su derecha. Steve giró la cabeza y contempló lo que debía de ser un ángel. Tenía el brazo alzado —el codo apodado en la barra— y entre los dedos, un billete prisionero de dos largas uñas pintadas de rojo vino. El rostro tenía forma de corazón, con la boca ligeramente estrecha y los párpados alargados. Las facciones eran suaves pero firmes, y la nariz estrecha y angulosa. El conjunto mantenía un perfecto equilibrio de proporciones, y parecía haber sido cincelado por querubines con el único propósito de ser besado hasta el día del Juicio. Lo único que desentonaba en la mujer de pelo rubio y ondulado que se había sentado junto a Steve eran los ojos: verde ópalo; profundos e intrincados; cargados de secretos y mentiras. *Ojos peligrosos*, pensó Steve con su voz sobria, apenas distinguible entre los ríos de alcohol que se desbordaban en su interior.

—Lo mismo para mí —indicó la mujer cuando el camarero trajo la botella de Four Roses.

—Ojos peligrosos... —susurró Steve entre efluvios alcohólicos.

—¿Cómo dice?

Al preguntar, la mujer de cabello rubio esparció promesas de éxtasis con una sencilla sonrisa. *No seas necio, tu mujer está arriba*, se dijo Steve; la entrepierna pensó otra cosa. El hombre gruñó inteligiblemente, se revolvió inquieto en el taburete y volvió la vista al frente, al muro de botellas centelleantes que habían quedado oscurecidas por la aparición de la mujer.

—Hay mejores piscinas donde ahogarse que en las del alcohol —afirmó la mujer con una voz que más parecía un canto contenido—. Piscinas que no dan resaca. —Con un gesto vago, echó para atrás parte de su cabello, dejando al descubierto un escote que en vez de enseñar, prometía—. Nadie debería estar solo en una noche como esta.

—No estoy solo —gruñó Steve—, estoy borracho. Y mi mujer está arriba.

—Esperando ansiosamente la vuelta del hombre que da sentido a su existencia, seguro.

Steve Holt miró de arriba abajo a la mujer, sopesando si soltarle un guantazo o tirarla sobre

la alfombra de intrincados dibujos y regalar a los clientes del local una demostración de sexo arrogante. Terminado el repaso, todavía sin haber decidido nada, clavó los ojos en los de la mujer. *Ojos peligrosos*, volvió a decirse con la poca cordura que vagaba entre la embriaguez. Como respuesta, la mujer retiró de su hombro la otra mitad del cabello; la piel brillaba con la esencia del deseo.

—Deja de fingir —susurró la mujer acercándose a la oreja de Steve—. Entrégate al delirio, bebe de mi carne. —El aliento que golpeaba con dulzura la oreja del hombre era cálido y fresco al mismo tiempo—. Mañana podrás esconder la culpa entre el alcohol; convertirlo todo en un sueño.

La mujer se separó y esperó. Steve parpadeó y soltó el aire que había retenido; la entrepierna golpeaba con fiereza su prisión. *Ojos peligrosos*, se dijo con voz temblorosa, bajando la vista hasta el escote celador de lujuria.

## 2

Aunque cesaron en su lamento agudo, las sirenas continuaban lanzando destellos, orgullosas de proclamar problemas graves. Steve Holt, sosteniendo una caja de cerillas entre dedos sudorosos, apuraba un cigarrillo en la terraza de su habitación mientras su cerebro conseguía sincronizar de nuevo las dos imágenes mandadas por los ojos. En el pasillo, una algarabía que crecía y decrecía como una marea indecisa dejaba bien claro que algo había ocurrido en el hotel.

*Podía haber ocurrido.*

Giró la cabeza y contempló la sombra difusa del cuerpo de su mujer durmiendo sobre la cama, lamentando por decimosexta vez no haberse comportado como un hombre y haber descargado su frustración en vagina ajena.

*Debía haber ocurrido.*

Llamaron a la puerta. Los golpes fueron fuertes, impacientes. Tras pocos segundos de espera, insistieron. El vello de todo el cuerpo de Steve se erizó. Éste se levantó de golpe y clavó la

mirada en la madera que estaba siendo maltratada con un puño. *Ojos peligrosos*, pensó sin venir a cuento. El golpeo en la puerta cesó. Steve escuchó un tintinear, la penetración de la llave en la cerradura y adivinó el giro del pestillo. Volteó la cabeza y contempló el jardín que se extendía a sus espaldas. ¿Podría huir?

*No así, todavía borracho.*

¿Tenía que huir?

*No he hecho nada.*

La sensación de peligro que reptaba por cada fibra de su ser no desapareció con la tímida afirmación. Soltó el aire que había retenido sin darse cuenta, asumió la situación y comenzó a repasar los movimientos de la noche que tendría que relatar una y otra vez para esclarecer las coincidencias que estaba seguro le implicarían en lo que fuese que hubiese ocurrido. *Por dios* — pensó Steve con amargura— *¡están todos borrosos!*

### 3

Steve Holt confirmó que no estaba viviendo un sueño cuando le retiraron la capucha y se encontró rodeado de hombres emparentados con los gorilas. Justo en frente, un tipo delgado de traje blanco impoluto lo observaba con dureza. La situación era de sueño —o de pesadilla, más bien—, pero en los sueños no era tan consciente del sudor que empapaba su cuerpo, ni del penetrante olor que desprendía lo que parecía ser un sótano —a sangre ajena y vidas drenadas—; todo estaba amplificado por la cercanía del verdadero fin.

Horas antes, tras abrir la puerta de la habitación, la policía había informado a Steve Holt de que era detenido por el asesinato de un hombre desconocido. ¿Las pruebas? Un Zippo de un tipo que se creía listo, un maltratado paquete de Lucky Strike y un arrugado sombrero de fieltro. *Ojos peligrosos*, volvió a pensar en aquel momento. Si le hubiera seguido el juego, ¿se hubiera acostado con él, o aquel ángel de mirada peligrosa sólo necesitaba una bragueta inquieta sobre la que echar

un muerto? Mientras meditaba la cuestión, había sido introducido en un furgón policial, fuertemente esposado. A los pocos minutos se habían detenido, y el malentendido se convirtió en pesadilla. Lo sacaron del furgón policial, lo introdujeron en un coche cualquiera y presencié con incredulidad unos apretones de manos y abrazos que simbolizaban su traspaso de la seguridad de las fuerzas del orden a lo que parecía ser un grupo de mafiosos adinerados. *Nadie encontrará mi cuerpo jamás*, había pensado cuando se puso en marcha el coche particular.

—Hoy ha matado a un amigo mío. —La voz del tipo del traje blanco devolvió a Steve al sótano de mal augurio—. Un amigo de los que no abundan; más que un hermano.

—No fui yo —contestó Steve con voz cascada por la incipiente resaca.

—Él no tenía La Cancerbera; deberías saberlo.

—No fui yo. No sé quién es esa Cancerbera.

—No te hagas el listo, que no te hará bien. ¿Qué pensabais, que llevaba la pieza con él? ¿Qué os diría dónde la guardamos? ¿Queríais secuestrarlo y os salió mal?

—Sólo soy un infeliz al que culpar. —Steve comenzó a cansarse del dolor de cabeza y de la situación, pisando así el terreno de la imprudencia—. Os han engañado como a mí. Deberías estar buscando al ángel.

—¿Ángel? ¿De qué demonios hablas?

—El ángel, la rubia. —Steve sonrió ante el recuerdo de la perfección hecha belleza—. La de los ojos peligrosos.

El tipo del traje blanco sacó un arma de la chaqueta, dio dos zancadas furiosas y apoyó el cañón de la pistola en la sudorosa frente de Steve, gritando.

—¡¡Era mi amigo!! ¡No te atrevas a reírte de él! Era mi amigo, y mejor persona que tú. —Escupió en la cara de Steve—. Él lo sabía. Sabía que estaba viejo y que ibais a por él, pero le daba igual. —La voz brotó recubierta de orgullo—. Lo único que quería era mantener a La Cancerbera protegida. Él sabía lo peligrosa que puede ser en manos equivocadas. Ahora dime: ¿quiénes sois? ¿Cómo supisteis de su existencia? ¿Cuántos sois?

—Te lo repito: no fui yo. —La voz de Steve tembló ligeramente; no era agradable hablar con el frío metal en la frente que protegía algo tan vital como el cerebro—. No sé qué pieza es la cosa esa. Os han engañado como a mí. Estáis perdiendo el tiempo...

—¡MIENTES!

El hombre del traje blanco comenzó a llorar, y Steve supo que por fin se terminaba la función. No sabría por qué tendría que irse al otro barrio; qué era La Cancerbera y por qué era tan importante, pero ya no le importaba. Lo único que quería era terminar con aquella farsa de vida.

—Jefe, lo necesitamos para...

—¡¡ERA MI AMIGO!!

El estruendo del arma inundó el sótano como un extraño en casa ajena; en aquellas paredes, la vida se solía quitar más lentamente.

#### 4

Una mujer entrada en carnes limpiaba con ahínco las empapadas axilas. Shirley la miraba de reojo mientras se pintaba los labios. La mujer regordeta lo dio por perdido, aceptó el calor y la humedad de aquellas latitudes y salió de los aseos del aeropuerto, dispuesta a emprender unas soñadas vacaciones que acabarían reducidas a arena y sudor. Shirley dejó el pintalabios y miró su reloj. En el mismo momento, la puerta del aseo volvió a abrirse. La mujer rubia tallada por los querubines entró con decisión y preguntó a Shirley.

—¿Estamos solas?

—Sí.

—¿Y tu marido?

—Condenado a muerte, dicen. Mejor —añadió Shirley con despreocupación—, era un inútil.

No me sirvió de nada.

—Entonces yo ya he terminado.

—Sí. —Shirley revisó en su bolso y le entregó un sobre—. Una lástima de viaje perdido.

—No para mí.

Shirley cogió de nuevo el pintalabios y deslizó la mandíbula de un lado a otro a la caza y captura de algún fallo en el maquillaje, dando por concluida la conversación. Cuando descubrió una parte de pintalabios mal aplicado cerca de la comisura izquierda, un fuerte estruendo regó con violencia el espejo del aseo. Una niebla se extendió con patrones de movimientos caprichosos. Sin entender que estaba ocurriendo, contempló horrorizada como la cabeza destrozada de la asesina se miraba en el espejo con ojos apagados, cerraba los párpados y desaparecía del reflejo, produciendo un ruido sordo al estrellarse contra el suelo. En el mismo lugar, tras el velo rojo de la sangre que resbalaba por el cristal como lágrimas de santo, su marido la contemplaba con tristeza en los ojos y un arma humeante en las manos.

—¡Steve! Yo...

Una segunda detonación terminó de pintar de rojo intenso la pared del aseo de señoras del aeropuerto del Cairo, recargando la estancia de niebla con olor a pólvora y muerte inesperada.

## 5

El tipo del traje blanco le esperaba junto a la sala de embarque. Al ver aparecer a Steve, se puso en pie, saludó inclinando la cabeza y esperó a que éste se sentara.

—No se preocupe por la policía —dijo el hombre del traje blanco—. Somos como hermanos. Las dos “señoras” del baño serán desafortunadas víctimas de violentos asaltadores de turistas.

Steve asintió, distraído.

—Le agradezco que se desembarazase de la otra mujer —continuó el hombre delgado del traje blanco—. Había trabajado para nosotros en alguna ocasión, pero era más un peligro que una solución, como ha visto. “Ojos peligrosos”, creo recordar que dijo usted, ¿no?

Steve volvió a asentir.

—Y lamento todo esto —se disculpó el hombre, alzando las palmas de las manos hasta el pecho—. No podía estar seguro de qué era lo que sabía y lo que no, ni si me estaba mintiendo con lo de la trampa. Parece increíble, ¿no cree? Utilizarle así sólo porque trabaja en un museo... Quitarle de en medio porque no ha sido de utilidad... —El tipo del traje suspiró teatralmente—. Si supiera la de gente que ansía el poder de los antiguos dioses. La pequeña pieza de La Cancerbera ha sido...

—La felicidad está en la ignorancia. No quiero saber nada.

—Es lo mejor. —El hombre del traje blanco metió la mano en la chaqueta y sacó un billete de avión—. Su vuelta a casa. Lamento lo de su esposa. Jugó en el bando equivocado y se merecía lo que ha pasado, pero hay que reconocer que era hermosa.

—No. —Steve se levantó y miró desde arriba al hombre del traje blanco—. No era hermosa. Era venenosa. —Cerró los ojos e inspiró profundamente—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por dejarme ser el ejecutor. Tenía que verlo con mis propios ojos.

—¿Se siente mejor?

—No —mintió Steve.

El tipo delgado asintió con la cabeza, se levantó y se marchó sin decir nada más, dirección a la ciudad rebotante de magia antigua y profundos secretos durmientes.

Steve giró y se encaminó al avión sin echar un solo vistazo hacia atrás, de vuelta a la urbe de metal y hormigón rebotante de ignorancia, dispuesto a sumergirse en ella y olvidar que alguna vez se sintió amado por la mujer que le quería ver muerto.

*Planeta Tierra, 29-05-2012*

*Juanje López*